

n.º 3.

BREVE RESEÑA

DE LA TERCERA PEREGRINACION AL

TEPEYAC

Y DE LA FUNCION SOLEMNE QUE LA SAGRADA MITRA
DE QUERETARO,
CELEBRO EL 8 DE SEPTIEMBRE DE 1888
EN LA IGLESIA DE CAPUCHINAS
EN HONOR DE NUESTRA AUGUSTA Y NACIONAL PATRONA

La Santísima Virgen María de Guadalupe

Escrita por el Sr. General D. Remigio Tovar

EN LA "VOZ DE MEXICO"

REIMPRESA CON LICENCIAS DEL ORDINARIO

LIC. IGNACIO HERRERA TEJEDA.

QUERETARO

IMPRENTA DEL SAGRADO CORAZON

AGUILA 6 BIS

1913

104

BREVE RESERVA

LA TIERRA PRODIGAL

TEPEYAC

LA TIERRA PRODIGAL
DE ROBERTO
CUBRO EL 5 DE SEPTIEMBRE DE 1888
EN LA IGLESIA DE CALTEPEC
EN HONOR DE NUESTRA SEÑORA Y SANTISIMA VIRGEN DE

La Santísima Virgen María de
Guadalupe

Escrito por el Sr. General D. Remigio Tovar

EN LA CIUDAD DE MEXICO

REIMPRISA CON LICENCIAS DEL ORDINARIO

LIC. IGNACIO HERRERA TEJEDA

QUERETARO

IMPRESA DELA GRABACION



LAS PEREGRINACIONES GUADALUPANAS

La Diócesis de Querétaro

el 8 de Septiembre de 1888.

Como una compensación providencial al desbordamiento de males que en nuestra sociedad lamentamos, en los días corridos del mes presente hemos visto también un desbordamiento de piedad religiosa, que ha llevado torrentes de almas a besar, con humildad y amor, las bellísimas plantas de la Inmaculada Madre del divino Verbo, representada portentosamente en su efigie del Tepeyac. Y allí han ido el Pontífice y el sacerdote, el anciano y el niño, la matrona y la doncella, el justo y el pecador, el dichoso según el mundo, y el menesteroso amado del Cristo, a desahogar en sollozos amargos, en hondos suspiros los dolores que aquejan a todo corazón mortal al través de las aguas cenagosas de la vida; y en cuyas revueltas ondas sobrenada la fé divina conservadora de las sociedades, la esperanza indeficiente que siempre aspira al bien suprasensible, la caridad que nunca fenecerá, ni en el eterno día en que la esperanza se convierte en posesión y la fé se trasforme en beatífica visión.

¿Nos será dado describir lo que hemos presenciado en los días 8, 9 y 12 del presente, en el Santuario de la Madre augusta de los mexicanos, ante la milagrosa efigie de la Mujer sin par, a cuya virginal cabeza el plebiscito unánime de la católica mexicana gente ha

acordado regia corona de oro, pobrísimo símbolo de la tradicional diadema de corazones amantes y agradecidos, que la vienen conociendo de generación en generación por más de setenta lustros.

Nuestra pluma es incapaz de semejante descripción; porque la piedad cristiana con todas sus simbólicas manifestaciones, con sus intensas explosiones de amor, con los indefinibles tintes que de las virtudes divinas refleja, es como la religión misma que la engendra; más bien se siente que se concibe y describe. Sin embargo, aún a riesgo de, conforme a la pequeñez de nuestro corazón y a la insuficiencia de nuestra expresión, amenguar cosas grandes, nos esforzaremos por bosquejarlas, con la intención santa del Salmista cuando cantaba: "Escribanse estas cosas para la generación venidera; y el pueblo que será criado glorificará al SEÑOR." (Psal. CI. 19.)

El día 8 del mes corriente, en que celebra la Iglesia la fiesta de la Natividad de la Virgen MARIA, y en que la liturgia sagrada dice tan bellas cosas y tan sublimes de la que profetizó que todas las generaciones la llamarían Bienaventurada, es la fecha en que por turno, corresponde a la Mitra de Querétaro el venir todos los años a traer sus quejas, sus plegarias, sus lágrimas y presentallas a los pies de la rosa mística del Tepeyac, del Lirio del Valle de Anáhuac, del Arca de la alianza, de la ciudad de los lagos y de los palacios, de la *Tochipahuacanatzin* (Nuestra limpia Señora Madre) de los hijos desvalidos de Xicotencatl, de Moteuczoma y de Calzontzin. En ese día, y por la tercera vez, se ha presentado a las faldas del cerro del Tepeyac el Ilustre Obispo de Querétaro transformado su báculo pastoral en cayado de peregrino, y presidiendo a los representantes de su devota grey, que en número de cuatrocientos vinieron, como en otras veces, obedeciendo al reclamo del Pastor, y representando la fé y la esperanza de doscientos mil creyentes. En el mismo día tuvo lugar otra romería de católicos de la capital, que quisieron unir sus preces con las de los fieles de Querétaro; estrechándose entonces con el abrazo de la caridad hermanos que no se conocían, amalgamándose en el sentimiento de la misma fé y de la común esperanza corazones que apenas se adivinaban.

La solemnidad religiosa se verificó en el mismo orden observado en la anterior del 24 de Mayo, y con la misma suntuosidad. El Ilmo. Obispo recibió a sus diocesanos en la puerta del templo, donde, en pausada y grave procesión, les condujo hasta las plantas virginales de la escogida entre millares; presidido el concurso por el estandarte tricolor, que izado en religioso-patriótico testimonio ante las aras de DIOS vivo, protestaba contra las sacrílegas profanaciones de que recientemente ha sido objeto, al ser izado en las alturas de un redondel, y al ser puesto sobre los hombros de

genio de la tauromaquia (1). Prueba de que, cuanto el hombre más se separa de DIOS, tanto más se acerca al bruto; y de que cuanto el hombre más se somete y adora a DIOS, tanto más se dignifican y ennoblecen todas sus afecciones, todos sus amores y sus aspiraciones todas.

El I. S. Obispo celebró de pontifical, y desempeñaron cerca del Pontifice los ministerios del altar el Sr. Cura D. José María González, párroco urbano de San Sebastián, y el Presbítero D. Pablo Feregrino: asistieron a su Prelado los SS. capitulares D. Agustín Guisasaola, y Don Juan González. Ofició la misa una bien arreglada orquesta; y en varios de los trances de canto desempeñaron solos los alumnos del Colegio Seminario, cuyos conocimientos y ejecución en el canto llano han agradado tanto como otras veces. Acaso muy en breve esos aplicados y recomendables jóvenes se encuentren en actitud para tomar por su sola cuenta el desempeño del coro en las peregrinaciones futuras. Nosotros, al menos, así lo deseamos.

Profanos en el arte, sólo juzgamos de la aplicación de sus bellezas en el culto sagrado; por nuestro modo de sentir en cuanto a la misteriosa ecuación que creemos deber resaltar entre esas bellezas y la gravedad tierna pero severa, conmovedora pero tranquila, sencilla pero majestuosa del culto católico en todas sus manifestaciones. Toda armonía vocal o instrumental que excite en el corazón emociones que pueden confundirse con la perturbación a que está sujeto el hombre puramente animal, nos parece digna del santuario: toda armonía que, aun en el recinto consagrado a la plegaria y a la expiación, pueda traer reminiscencias importunas de las profanidades del mundo, nos parece contrariar abiertamente al espíritu de la verdadera piedad cristiana. El canto ejecutado por los levitas del templo, que adoran al DIOS del templo y que tienen conciencia de su misión en el santuario, satisface más plenamente a las conveniencias y exigencias del culto católico; y es indudablemente más acepto a la Majestad divina, que la ejecución inconsciente, por más artística y ruidosa que se suponga, de cantantes pagados que, así cooperan al triunfo de las llamadas *divas*, como ensayan los cantos de David, o repiten las lamentaciones de Jeremías. No eran, sin duda, cantantes de tal estofa los que en la iglesia de Milán conmovían profundamente el noble corazón de Augustino, y que después le hacían decir: "¡Cuántas lágrimas derramé por la violenta emoción que experimenté cuando oí en vuestra iglesia cantar los himnos y cánticos en vuestra alabanza! Al mis-

(1) Sabido es que cierto mayúsculo disparatador, al ofrecer cualquier barajita al torero Ponciano Díaz, se la presentó con esta dedicatoria escrita en grandes y lujosos caracteres: *Al Genio*. (*Risum teneatis am ici?*)

acordado regia corona de oro, pobrísimo símbolo de la tradicional diadema de corazones amantes y agradecidos, que la vienen ciñendo de generación en generación por más de setenta lustros?

Nuestra pluma es incapaz de semejante descripción; porque la piedad cristiana con todas sus simbólicas manifestaciones, con sus intensas explosiones de amor, con los indefinibles tintes que de las virtudes divinas refleja, es como la religión misma que la engendra; más bien se siente que se concibe y describe. Sin embargo, aún a riesgo de, conforme a la pequeñez de nuestro corazón y a la insuficiencia de nuestra expresión, amenguar cosas grandes, nos esforzaremos por bosquejarlas, con la intención santa del Salmista, cuando cantaba: "Escríbanse estas cosas para la generación venidera; y el pueblo que será criado glorificará al SEÑOR." (Psal. Cl. 19.)

El día 8 del mes corriente, en que celebra la Iglesia la fiesta de la Natividad de la Virgen MARIA, y en que la liturgia sagrada dice tan bellas cosas y tan sublimes de la que profetizó que todas las generaciones la llamarían Bienaventurada, es la fecha en que, por turno, corresponde a la Mitra de Querétaro el venir todos los años a traer sus quejas, sus plegarias, sus lágrimas y presentallas a los pies de la rosa mística del Tepeyac, del Lirio del Valle de Anáhuac, del Arca de la alianza, de la ciudad de los lagos y de los palacios, de la *Tochipahuacanatzin* (Nuestra limpia Señora Madre) de los hijos desvalidos de Xicotencatl, de Moteuczoma y de Calzontzin. En ese día, y por la tercera vez, se ha presentado a las faldas del cerro del Tepeyac el Ilustre Obispo de Querétaro, transformado su báculo pastoral en cayado de peregrino, y presidiendo a los representantes de su devota grey, que en número de cuatrocientos vinieron, como en otras veces, obedeciendo al reclamo del Pastor, y representando la fé y la esperanza de doscientos mil creyentes. En el mismo día tuvo lugar otra romería de católicos de la capital, que quisieron unir sus preces con las de los fieles de Querétaro; estrechándose entonces con el abrazo de la caridad hermanos que no se conocían, amalgamándose en el sentimiento de la misma fé y de la común esperanza corazones que apenas se adivinaban.

La solemnidad religiosa se verificó en el mismo orden observado en la anterior del 24 de Mayo, y con la misma suntuosidad. El Ilmo. Obispo recibió a sus diocesanos en la puerta del templo, donde, en pausada y grave procesión, les condujo hasta las plantas virginales de la escogida entre millares; presidido el concurso por el estandarte tricolor, que izado en religioso-patriótico testimonio ante las aras de DIOS vivo, protestaba contra las sacrílegas profanaciones de que recientemente ha sido objeto, al ser izado en las alturas de un redón del, y al ser puesto sobre los hombros de

genio de la tauromaquia (1). Prueba de que, cuanto el hombre más se separa de DIOS, tanto más se acerca al bruto; y de que cuanto el hombre más se somete y adora a DIOS, tanto más se dignifican y ennoblecen todas sus afecciones, todos sus amores y sus aspiraciones todas.

El I. S. Obispo celebró de pontifical, y desempeñaron cerca del Pontifice los ministerios del altar el Sr. Cura D. José María González, párroco urbano de San Sebastián, y el Presbítero D. Pablo Feregrino: asistieron a su Prelado los SS. capitulares D. Agustín Guisasola, y Don Juan González. Ofició la misa una bien arreglada orquesta; y en varios de los trances de canto desempeñaron solos los alumnos del Colegio Seminario, cuyos conocimientos y ejecución en el canto llano han agradado tanto como otras veces. Acaso muy en breve esos aplicados y recomendables jóvenes se encuentren en actitud para tomar por su sola cuenta el desempeño del coro en las peregrinaciones futuras. Nosotros, al menos, así lo deseamos.

Profanos en el arte, sólo juzgamos de la aplicación de sus bellezas en el culto sagrado; por nuestro modo de sentir en cuanto a la misteriosa ecuación que creemos deber resaltar entre esas bellezas y la gravedad tierna pero severa, conmovedora pero tranquila, sencilla pero majestuosa del culto católico en todas sus manifestaciones. Toda armonía vocal o instrumental que excite en el corazón emociones que pueden confundirse con la perturbación a que está sujeto el hombre puramente animal, nos parece digna del santuario: toda armonía que, aun en el recinto consagrado a la plegaria y a la expiación, pueda traer reminiscencias importunas de las profanidades del mundo, nos parece contrariar abiertamente al espíritu de la verdadera piedad cristiana. El canto ejecutado por los levitas del templo, que adoran al DIOS del templo y que tienen conciencia de su misión en el santuario, satisfacé más plenamente a las conveniencias y exigencias del culto católico; y es indudablemente más acepto a la Majestad divina, que la ejecución inconsciente, por más artística y ruidosa que se suponga, de cantantes pagados que, así cooperan al triunfo de las llamadas *divas*, como ensayan los cantos de David, o repiten las lamentaciones de Jeremías. No eran, sin duda, cantantes de tal estofa los que en la iglesia de Milán conmovían profundamente el noble corazón de Augustino, y que después le hacían decir: "¡Cuántas lágrimas derramé por la violenta emoción que experimenté cuando oí en vuestra iglesia cantar los himnos y cánticos en vuestra alabanza! Al mis-

(1) Sabido es que cierto mayúsculo disparatador, al ofrecer cualquier barajita al torero Ponciano Díaz, se la presentó con esta dedicatoria escrita en grandes y lujosos caracteres: *Al Genio. (Risum teneatis am íci?)*

mo tiempo que esos dulces sonidos herían mis oídos, vuestra verdad penetraba por ellos en mi corazón, y excitaba en mí los movimientos de la piedad." (Confess. IX. 6 in fin.)

Fué digna de llamar la atención la apostura devota que conservó el concurso de fieles durante toda la misa; no obstante la incomodidad inexcusable supuesto la estrechez del templo; estrechez que obligó a muchas personas, aun señoras, a permanecer en pie durante la función toda, sin poder doblar las rodillas ni aun en los momentos solemnes, del santo sacrificio. Muchas personas, así del uno como del otro sexo, durante la misa tuvieron en las manos cirios encendidos, simbolizando su fé ilustrada como la misma luz, ardiente como la llama, pura como la sustancia que alimenta el simbólico fuego.

Allí se veía representada la diócesis de Querétaro por la comisión de su Cabildo Eclesiástico, formada por los dos señores capitulares que antes mencionamos como asistentes del Prelado oficiante; por la comisión del Clero formada de los Presbíteros ministrantes en el altar, Presbítero D. Luis Guisasola, Pbro. D. José María Arias y Subdiácono Lic. D. Manuel Reynoso. El Seminario Conciliar estuvo representado por su vicerector, Presbítero D. Daniel Frías, catedrático, Pbro. D. José María González, Pbro. D. Antonio Olguín, Diácono, D. Trinidad Cervantes y cuarenta jóvenes alumnos. El Liceo Católico, establecimiento de instrucción que existe a expensas de la Iglesia, fué representado por su Vice-rector, Pbro. D. Pablo Feregrino, y dos jóvenes alumnos. El respetable vecindario de Querétaro estuvo dignamente representado por los señores Dr. D. Manuel Septién, D. Antonio Sánchez, D. Pedro Vera, D. Estéban Vera, D. Salvador Gutiérrez, D. Rafael Martínez y varios otros señores de diferentes posiciones y de notorias virtudes, pero cuyos nombres honorables no recordamos. La mayoría del concurso fiel era formada de personas de humilde posición social, tanto del uno como del otro sexo: no conocemos sus nombres, que nos serían más queridos que los de los afortunados del mundo; pero los conoce DIOS y su Santa Madre, a cuyo cargo corre la retribución superabundante de los ignorados del mundo. En esta vez, y en esta solemnidad hemos observado, como siempre, que el mayor número de los devotos es compuesto de gente pobre; es decir, de gente que necesita más de consuelos, y que, por consiguiente, los busca con más ahinco, y los encontrará siempre; porque escrito está: "Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y os abrirán." [Mast. VII. 7-8] ¿Cómo es que los ricos, los que cuentan con recursos aun para proporcionarse lo superfluo, son aventajados por los menesterosos en todas las buenas obras que demandan expensas de tiempo, de trabajo y de dinero? ¡Ah! escrito está: "Porque donde está

vuestro tesoro, allí también está vuestro corazón:" los pobres no tienen mas tesoro que DIOS, no tienen más recursos que los consuelos de la Religión, y por eso sus corazones están mas cerca de DIOS, y se apartan más asiduamente con los consuelos divinos de la Religión de su DIOS. ¡Dichosos los pobres que tienen tantos menos embarazos para entrar al cielo cuantos menos vínculos tienen que los ligan a la tierra. El sermón de la fiesta fué desempeñado dignamente por el tan modesto y humilde cuanto respetable Sr. Cura D. Francisco Figueroa, Párroco del Sagrario de Querétaro. Tomó por texto de su discurso el versículo 18 del capítulo VI del profeta Isaías: "Y reposará mi pueblo en hermosa paz, y en tabernáculos de seguridad, y en el descanso de la opulencia" [Versión de Amat.] En el exordio, el orador sagrado se empeñó en ponderar su incapacidad y en humillarse ante el concurso que debía escucharle. Y sin embargo, entre esas manifestaciones de humildad cristiana, expuso una idea verdaderamente grandiosa. Razonó su exhibición en la cátedra sagrada con estos tres motivos: Porque soy católico, decía; porque soy sacerdote, y porque soy mexicano. Como católico debo cooperar a las glorias y lustre de mi Religión: como sacerdote debo obedecer a mi Prelado; y como mexicano debo tributar el homenaje de mi respeto y amor a mi buena Madre Santa María de Guadalupe." En frases tan sencillas el modesto orador afirmaba la misión común a todo buen cristiano, el deber de concurrir a la edificación mutua y universal: el carácter del sacerdote en el ministerio de la palabra, que no es competente sin la misión superior, que el Presbítero recibe de su Obispo, como éste la ha recibido del mismo JESUCRISTO: el sentido santo de todo católico, que siempre refiere su condición individual, doméstica, urbana y nacional a un orden suprasensible, subordinando la patria transitoria a la celestial patria, la tienda pasajera de esta vida a los tabernáculos inamovibles de la eternidad.

En el desarrollo de su tema, el respetable predicador asentó estas dos proposiciones, cuya verdad formula todo labio mexicano que sabe hablar, y siente todo corazón mexicano que sentir sabe: 1ª Santa María de Guadalupe es de México: Ella nos pertenece, su valimiento es nuestro. 2ª México pertenece a Santa María de Guadalupe: cuenta con nosotros, suyo es nuestro corazón. En dos palabras: María es de México, México es de María." Necesitaríamos transcribir en su texto íntegro el desarrollo de estas dos oraciones, para dar a conocer todo el mérito y unción de un discurso que, sin perjuicio de la concisión demandada por la forma, tuvo la plenitud requerida para convencer a inteligencias ilustradas por la religión y mover corazones predisuestos por el amor. María de Guadalupe es de México porque Ella, desde su aparición, ha sido su Apóstol más laborioso, más decidido y más amante, y continúa siéndolo

al conquistar con su favores, día por día, la perpetuidad para su culto. México es de María, porque abrumado, digámoslo así, por sus favores, la gratitud debida a ellos le agobia, le esclaviza, le ata a los pies hermosos de la Inmaculada que pisara las rocas del Tepeyac. México es de María, porque arrastrado por las torrenciales é inmundas aguas vomitadas por el abismo, obligado a apurar a grandes sorbos el vino amargo de las iras del Señor, a Ella y sólo a Ella ha dirigido su clamor de suprema angustia, su lamento de dolor extremo, confiando a su intercesión una esperanza tan larga como es anchuroso el abismo que nos amenaza con sus fauces.

He aquí condensado en cuatro palabras el sagrado, oportuno y conmovedor discurso del predicador queretano. Habló de la abundancia de su corazón, y este rebosó hasta verterse sobre todo su auditorio; porque cuando el corazón está lleno rebosa, y el del orador guadalupano henchido estaba de fé, de amor y de ese óleo santo que alivia las llagas en el tiempo y embalsama los muertos para la eternidad, la dulce esperanza.

Mencionó muy de paso el último milagro de la Flo: del Tepeyac, que de la temeridad de irrazonadas negaciones de parte de quien menos debieran esperarse, supo y quiso sacar un nuevo testimonio en favor de portentos consignados en la historia, transmitidos por la tradición, conservados cuidadosa y amorosamente por millones de corazones mexicanos, y aceptados sin mengua ni escatima por centenares de doctores en Israel, constituidos por el Espíritu Santo para regir la Iglesia de DIOS. Al concluir su tarea, el respetable orador nos ha dejado materia para meditar largamente en las inmensas ventajas de la palabra sagrada sobre la palabra humana. Páginas incontables hemos leído sobre los diversos puntos elucidados por el orador queretano: y, sin embargo, el contenido de todas ellas no ha obrado sobre nuestro corazón y sobre nuestro espíritu lo que las palabras del predicador han producido. Es que todo sacerdote que con la misión competente desempeña el ministerio de la palabra, ejerce la potestad confiada por el mismo JESUCRISTO a sus enviados; potestad que nunca se ejercita inútilmente, aun cuando no se sirva de elocuencia de palabras que harían inútil la Cruz de JESUCRISTO. El auditorio cristiano se asimiló en su corazón estas dulces verdades: yo soy de María de Guadalupe, y María de Guadalupe es mía como individuo, como sociedad, como nación: obrando, pues, en consecuencia con los derechos de esta propiedad y posesión recíproca, estoy en la mejor vía para esperar en mí el cumplimiento de la palabra del Profeta, que fué el suspiro inicial del enviado del Señor a quien acabo de escuchar: Y reposará mi pueblo en hermosa paz, y en tabernáculos de seguridad, y en el descanso de la opulencia." Y ¿quién sería el orador profano, ni quién el filósofo, ni quién el escritor que, al finar de su trabajo, pu-

diera presumir separarse de su auditorio así convencido y no menos conmovido?

Concluido el Santo Sacrificio del Altar, el Pontífice oficiante entonó la *Salve Regina*, cuyo canto continuó el coro servido por los piadosos seminaristas. Después de tantas y tan profundas impresiones como hasta este momento habíamos recibido, la emoción que nos causó la entonación de esta plegaria, que la Santa Iglesia tiene y usa, nos conmovió hasta el enternecimiento, hasta las lágrimas; siempre nos ha sido tiernamente simpática esa preciosa fórmula de oración en que, sin confundirse, se mezclan la alabanza y la plegaria, el lloro y el canto, el triste suspiro y la anhelante aspiración. *¡Salve Regina Mater misericordiae, vita, dulcedo et spes nostra, salve!* ¡Encantadora oración, símbolo acabado de la vida de toda carne, condenada a gemir hollando las espinas del camino, al mismo tiempo que suspira con celestial deleite el perfume de los lirios del valle del destierro! Y ¡qué plegaria para poner término a una romería piadosa, por cuyas sendas ha arrastrado al peregrino el amor sobrenatural, el dolor sobrehumano, la idea de la expiación, la esperanza de una misericordia infinita!

Concluida la *Salve*, el Presbítero D. José María Arias dirigió el rezo de dos partes del Rosario, cuyos misterios cantaron magistralmente los alumnos seminaristas, y en cuyo acto continuó el templo lleno por el piadoso concurso. Al terminar el día, un devoto ejercicio precedió al depósito del Santísimo Sacramento, que había estado manifiesto desde el principio de la Misa Pontifical.

Al siguiente día, el Sr. Canónigo D. Juan González celebró una Misa solemne en acción de gracias por el feliz término de la peregrinación; y el Ilmo. Sr. Obispo celebró Misa privada en uno de los altares laterales del principal del templo. Con estos actos quedó cerrada la solemnidad, que por turno y con tanto entusiasmo y tan edificante devoción celebra la Diócesis de Querétaro; que a más de su devoción y su piedad trae sus ofrendas espontáneas a los pies de la Bendita entre las mujeres. Con la solemnidad de acción de gracias de la peregrinación queretana coincidió una romería dispuesta por la Sociedad del centavo, para este día en que la Iglesia celebra el Dulce Nombre de María: nombre agosto, nombre santo que sólo cede al sacrosanto nombre ante el cual se dobla toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno.

Bendicimos a DIOS de todo nuestro Corazón cuando consideramos esta cadena no interrumpida de actos religiosos de una piedad colectiva, social, nacional. Piedad que arrastra las multitudes ante las aras del Tepeyac, que inconscientemente dan testimonio de que "contra el Señor no hay sabiduría, no hay prudencia, no hay consejo." [Prov. XXI. 30.] La ley atea ha pretendido hacer de México un pueblo de ateos, y México protesta de rodillas contra la pre-

tensión impía. La ley proscribiera todo acto público de culto, y el pueblo mexicano se aglomera en sus templos hasta más no poder, y se dedica a prácticas de piedad en devoto recogimiento bajo las bóvedas del santuario; prácticas que le valen más que cualquier manifestación ruidosa que pudiera ofrecer peligros o inconvenientes. La ley ha intentado vilipendiar al sacerdocio, a efecto de arrebatarse su influencia social; y los pueblos se conmueven en masa a la voz de sus Pastores, que les invita a la práctica de las obras de misericordia, al ejercicio de la penitencia expiatoria, y al cumplimiento de todos los deberes de la religión. Las leyes y sus ministros, izando tan alto como pueden la bandera del mal, toleran, fomentan, autorizan la corrupción más asquerosa en el individuo, en la familia y en la sociedad; y sin embargo, los individuos, y las familias y las masas, siguiendo las huellas de sus Pastores ahondan con sus pisadas los caminos que al Tepeyac conducen, cumpliendo el precepto del Apóstol "Orad sin intermisión" [1ª Tesal. v. 17]. Las leyes pretenden que los pueblos y los gobiernos, en su calidad de tales, nada tienen que ver con el orden providencial y eterno que la Religión es para el individuo y no para las nacionalidades, y el pueblo mexicano, envuelto en el pabellón tricolor, bajo cuya sombra conquistó su independencia y ha combatido por su autonomía, se postra ante las aras de su DIOS protestando contra la blasfemia. El pueblo mexicano, católico por tradición, por convicción, por amor y por gratitud, a la hora de la hora, como sesenta y siete años atrás, lee en su bandera nacional las palabras sacramentales RELIGION, INDEPENDENCIA Y UNION; palabras santas, que en vano pretende borrar con sus lodos el bando antinacional, que ha soñado destruir la *Religión* para romper la *Unión*, y así poder sacrificar impunemente la *Independencia* nacional.

Al meditar el cúmulo de males que pesa sobre nuestra sociedad, comprendemos que hemos llegado a un período crítico, en el cual no nos queda a la vista más que esta alternativa; o dejar venir por sus pasos contados la disolución social, o, mediante una acción directa y eficaz de la Divina Providencia obtener nuestra salvación. Todo cristiano que tiene conciencia de su misión individual sobre la tierra, y de la misión de las sociedades en el tiempo, debe optar por el segundo extremo; es decir por arrancar a todo costo de la mano misericordiosa de DIOS el favor de un prodigio estupendo en el orden moral; la transformación de todo un pueblo, que ha llegado tal grado de postración y desaliento, que apenas si tiene valor para querer ser sano. DIOS lo puede, y DIOS lo quiere; y solo demanda de nuestra parte que en compensación de tantas debilidades, en expiación de tantas faltas como son a nuestro cargo, trabajemos, sudemos en hacerle violencia obligando a su misericordia que no tiene límites, a pronunciar la palabra de vida capaz de sa-

car a Lázaro del sepulcro después de cuatro días de muerto, y ya cuando el mal olor anunciaba la disolución. Ahora bien; el medio único para ejercer esa violencia sobre el corazón del Señor es la oración; la oración continua, la oración confiada, la oración humilde que confiesa no merecer lo mismo que pide. Esa oración es la que como el incienso, se eleva en la presencia del Señor; la misma de que está escrito que "La oración del humilde traspasará las nubes, y no reposará hasta acercarse al Altísimo; del cual no se partará hasta tanto que no incline hacia él los ojos.....hasta que haya hecho justicia a su pueblo, y consolado con su misericordia a los justos." (Eccli. XXXV. 21 26.)

Pero no bastan nuestras oraciones individuales: tenemos que impetrar remisión por yerros y errores, que aunque no sean nuestros personal e individualmente, nos incumbe la responsabilidad solidaria contraída por los culpables directos. Por lo mismo, necesitamos orar en común, orar como sociedad, orar como pueblo, humillarnos como nación *bajo la mano poderosa de DIOS para que nos exalte a tiempo de su visita*. Esta necesidad grande, imperiosa, ineludible es la que inspira a los ilustres celosos Prelados que promueven y fomentan la práctica de las peregrinaciones religiosas, haciéndose preceder de la bandera nacional para que, depuesta al pie de las aras del DIOS vivo, dé testimonio de la fé de un pueblo, del culto de una generación, de la esperanza nacional cifrada en la intercesión de la que es la gloria de México, la alegría de nuestro pueblo, la honra de nuestra nación.





